

CAPÍTULO IX.

DONDE SE CUENTA EL MARAVILLOSO FRUTO QUE HIZO EL SERMON DEL MAGISTRAL EN EL ANIMO DE FRAY GERUNDIO.

EL cual así atendió á toda la entretenida y graciosa conversacion que pasó entre el magistral y el *Monsieurismo* de D. Carlos, como ahora llueven albardas; porque enteramente preocupado de la jabonadura, que aquel le estaba dando, ni podia echar de la imaginacion las especies, pegándosele más aquellas que le herian más en lo vivo, no de otra manera que una mosca de burro se pega y clava más en la carne, que otra mosca regular, por cuanto aquella tiene el aguijon más penetrante que esta. Sobre todo, le afligia extrañamente ver desvanecidas en un instante todas aquellas alegres ideas de fortuna, que él se habia representado, dando por supuesto, que su tío quedaria encantado de sus prendas y talentos, luego que le viese predicar. Lloraba amargamente dentro de su corazon, que ya el magistral, aunque llegase á ser arzobispo de Toledo, no haria caso de él, y que ni siquiera solicitaria con la orden que le hiciesen superior de una Pinzocha, cuanto más proporcionarle un obispado de Indias, como él lo tenia consentido; y tanto que habia dado palabra á una buena viuda

del lugar, que cuando le hiciesen obispo (que á su parecer no tardaria mucho,) llevaria consigo á un hijo suyo, que á la sazón tenia doce años, y le haria su paje de cámara, cosa que consoló infinitamente á la bendita de la mujer, la cual le pidió por gracia, que no le dejase comer turrón ni mermelada ni cosa dulce, porque el muchachuelo era goloso, y padecia mucho de lombrices, concluyendo que así se lo suplicaba por amor de Dios á su Ilustrísima. Fray Gerundio la empeñó su palabra episcopal de que esta seria la primera advertencia que haria así á su mayordomo, como al maestro de pajes, y dándola á besar la mano con mucha autoridad, la echó la bendicion, y la despidió muy consolada.

Pero como todas estas diligencias se convirtieron en humo, luego que se acabó ó se interrumpió la terrible repasata del juicioso y docto magistral, no se puede ponderar qué triste, melancólico y pensativo quedó el padre Fray Gerundio: todos los demás salieron á despedir á D. Carlos, solo él se quedó en la sala, sentado en una silla, la cabeza reclinada sobre la mano, los ojos clavados en tierra, lanzando profundos suspiros de lo más íntimo del corazon.

En esta postura le encontró su grande amigo Fray Blas, que hasta entónces habia estado durmiendo la siesta, para cuya larga duracion habia hecho méritos en la mesa; y como no habia oido el sermon del magistral ni asistido á la visita del cortesano D. Carlos, quedó extraordinariamente suspenso, cuando vió á Fray Gerundio en una viva imágen de la misma melancolía.

¿Qué es esto, Fray Gerundio? le preguntó sobresal-

tado; ¿qué novedad es esta? ¿Así te dejas dominar de la tristeza, en el día de tus mayores glorias? ¿Cuándo has llenado de regocijo á tu pátria, has de dar entrada en tu corazón á esa negra melancolía? ¿Es posible que las bocas de todos estén hoy empleadas en panegirizar tus asombrosos talentos, sin acertar con otras voces que no sean las de tus mayores aplausos, y solamente la tuya ha de oscurecer la celebridad del día con dolorosos suspiros? ¿Te duele algo? ¿Te ha sentido mal la comida? ¿Acaso te atormenta tu aprension, pareciéndote que dejaste algo que desear en el asombroso sermón que predicaste, ó que omitiste alguna sustancial circunstancia, ó que pudiste tocar mejor algunas de las que tocaste, ó que finalmente alguno de los innumerables textos que trajiste no vino tan á pelo como ahora se te representa á tu delicadísimo ingenio? Pues te hago saber, que si es algo de esto lo que te melancoliza, miente tu aprension como una grandísima embustera, y no has de hacer más caso de ella que de la un cinife que zumba á los oídos, todo bulla y nada sustancia: no ha oído el Páramo sermón igual, ni en los famosos púlpitos que bañan las aguas del río tuerto y las del río grande, se ha de predicar en muchos siglos panegírico mayor. Ahora se mire á la propiedad ingeniosa del asunto; ahora se atienda á la delicada propiedad de las pruebas; ahora se considere la menuda y sutil comprension de todas las circunstancias; ahora se comprenda la casi divina aplicacion de los textos; ahora se examine la sutileza de los reparos, y la agudeza de las resoluciones; ahora finalmente se pare la consideracion en la variedad hermosa del estilo, unas veces

elevado, otras cadencioso, pero siempre sonoro y elegante siempre. Pues siendo esto así, ¿de qué te entristeces? ¿Qué motivo tienes para estar melancólico y tan pensativo?

¡Ay, padre predicador de mi alma, exclamó Fray Gerundio, y como se conoce que no sabe V. lo que ha pasado con mi señor tío el magistral! pero aquí no estamos bien ni podemos hablar con libertad, tomemos los sombreros y los báculos y salgamos al campo por la puerta del corral, mientras la gente se está allá divertida en despedir á un tal D. Carlos que viene de Madrid y para mí debió de ser un ángel del Cielo, que trajo Dios para que me conservase la vida; porque llegó á tiempo que ya no podía más, y temí que me diese un accidente, oyendo las cosas que me estaba diciendo mi tío. La entrada de D. Carlos cortó la conversacion, y ellos tuvieron allá otra, que yo no entendí, aunque me hallaba presente: porque me ocupaba enteramente la atencion aquello que me dolía. Salgamos, salgamos al campo, reviento por desahogarme con V., y le diré otras cosas que le aturdirán.

Cogieron los sombreros, tomaron los báculos, y sin que los viese ninguno de los que estaban enfrascados en la bulla de la despedida, se salieron al campo por la susodicha puerta. Contó Fray Gerundio á su estrechísimo amigo todo cuanto le habia dicho su tío el magistral, sin perder un punto, sílaba ni coma, porque, sobre ser de una memoria feliz, como le habian penetrado tanto las razones de su tío, se le habian grabado profundamente en el alma. Dijole, que lo que más habia sentido en aquella sangrienta correccion, era que se hubiese dado en presencia del

canónigo Don Bartolomé y del familiar; porque además de lo que perdería con ellos, no dejarían de divulgarlo entre otros muchos, y con esto iba su crédito por estos suelos: especialmente desconfiaba mucho de su pariente el familiar, porque le había notado la grande complacencia con que estaba oyendo al magistral, y á su modo cerril y toseco seguía las mismas máximas, á que se añadía tener un genio zumbón, á lo socarrón y ladino, en fuerza de lo cual no dejaría de divertirse á su costa todas las veces que se ofreciese. Finalmente, no le disimuló que le habían hecho mucha fuerza las razones del magistral, y que estaba muy tentado de dejar la carrera, porque conocía que no era para ella, y entablar la pretension de que le volviesen para los estudios, ó cuando este no pudiese ya ser, le dedicasen para el coro.

«Victor, dijo Fray Blas, que te den, que te den un confite por la gracia: vamos claros, que la docilidad del chico y su blandura de corazón es admirable! ¿Es posible (¡pecador de mí!) que le haya hecho tanta fuerza el sermoncillo del magistral? que si solo se reduce á lo que me has contado, y yo te he estado oyendo con grandísima paciencia, es de lo más sutil y ridículo que se puede pensar. Dime, hombre apocado; ¿te dijo alguna cosa tu tío, que no hayas oído tú ya cincuenta mil veces? ¿añadió algo á las vejeces de nuestro reverendísimo padre Fray Borceguies, Marroquies, alias el maestro Fray Prudencio? ¿La misioncita que te predicó á tí el circunspectísimo señor Don Magistral, no es tan parecida como un huevo á otro huevo, á la otra

«que me predicó á mí el reverendísimo de Marras, después de mis famosos sermones de la Trinidad y Encarnacion, cuya memoria durará por los siglos de los siglos, y de cuyas utilidades se conservarán reliquias en el baul y en las navetas por algunos años? «¡Oh señor, qué son disparates, qué son locuras! esto se dice, pero no se prueba; si con las locuras y disparates se grangean tantos aplausos; ¿dónde hay en el mundo mejor ni mayor sabiduría? Si los disparates y las locuras son tan proficuas; ¿qué mayor locura que ser cuerdo? A este precio sea sabio el que quisiere, que yo á mi bolsillo me atengo: éntrese en casa la dicha, más que se entre por la garita. Díjolo todo divinamente un teatino; y en Dios y en mi conciencia, es lástima que lo sea:

Quód si hæc insania dici
Debet, amabilior nulla est sapientia; malo
Decipere hoc pacto, fias utcumque beatus,
Optandum ut fias; sunt et deliria tanti.

«Vén acá, corazón de lana; ¿tú no sabes la estrecha amistad y la gran correspondencia que tiene el señor Magistral con los padronisimos de la orden? ¿Ignoras que estos le han pegado las máximas de *in illo tempore*, y que las tuyas no son más que hechos de las de sus Reverencias? Si no te hicieron fuerza en boca de estos; ¿por qué te han de hacer en boca de aquél? ¿Acaso te dá más peso la sobrepelliz y el bonete, que el escapulario y la capilla?

«A más de eso, has de tener entendido que tu señor tío, á lo que he oído decir, se ha declarado sectario de ciertos predicadores, que se van usando

« así en la Corte como á fuera de ella, los cuales se
 « llaman *predicadores modernos*, ó á la moderna, pa-
 « ra distinguirlos de los antiguos, á quienes se les dá
 « el nombre de *predicadores veteranos*; y con grande
 « propiedad á mi juicio, porque así como en la mili-
 « cia vale más un soldado veterano que cuatro viso-
 « ños, así en las campañas del púlpito vale más un
 « predicador veterano que cuatro modernos; y créeme,
 « que hablo con modestia, porque no exageraria
 « mucho, cuando dijera, que valia por cuarenta. Por-
 « que al fin; ¿á qué se reduce esta secta? Ante todas
 « cosas, asienta por primera máxima fundamental,
 « que todo sermon, sea panegírico, sea moral, sea
 « fúnebre, aunque sea tambien de ánimas (cosa ridí-
 « cula), se ha de dirigir primero y principalmente á
 « la reformation de las costumbres, haciendo amable
 « la virtud y aborrecible el vicio, con sola esta dife-
 « rencia, que en los del género laudatorio, á que se
 « reducen los panegíricos y los fúnebres, se hace co-
 « múnmente por via de imitacion; en los morales á
 « fuerza de razones, y en los de ánimas se ha de pro-
 « ceder por el terror y el escarmiento. ¿Has oido en
 « tu vida cosa más extravagante? Con que, hétele que
 « todo sermon ha de ser una misioncita, si el predi-
 « cador que no se meta á misionero, que aprenda otro
 « officio..... Vamos claros, que es una impertinencia.
 « Supuesto este principiote, se sigue naturalmente
 « el otro, conviene á saber, que todo asunto, sea en
 « la oracion que fuere, ha de ser mazorra y á plo-
 « mo, quiere decir, tan sólido y tan macizo, que no
 « haya más que desear. Pongo ejemplo: predicas un
 « panegírico á la fiesta de Todos los Santos, pues has

« de tomar por asunto esta proposicion, á otra equi-
 « valente: *La Santidad es la verdadera sabiduria:*
 « *esta habita en los Santos, y reina en toda su conduc-*
 « *ta:* lo más, lo más que se te permite es, que divi-
 « das el mismo pensamiento ú otro semejante en dos
 « proposiciones, proponiéndolas con un airecillo de
 « antifasis: como si dijéramos: *El Santo tenido por*
 « *ignorante es el verdadero sabio, primera parte: El*
 « *Santo sin virtud reputado por docto, es el verdadero*
 « *ignorante, parte segunda;* ¿has oido cosa más fria?
 « Predicas el panegírico de un Santo, v. gr. San José;
 « pues guárdate bien de tomar por asunto, que San
 « José fué más que Jesús, que el mismo Padre eter-
 « no, que el mismo Verbo divino, y que fué más Es-
 « poso de la Virgen que el mismo Espíritu Santo; por-
 « que este divino asunto predicado por un portugués,
 « mónstruo del púlpito (y no es el padre Vieira),
 « aunque se reduce en suma á tres hipérboles galan-
 « tes, levantarán el grito los partidarios de la nuestra
 « moda, y te dirán con la mayor frescura en tus mis-
 « mas barbas, que son tres herejías valientes. Solo
 « pues te será lícito decir, que San José como padre
 « putativo de Jesús, fué el hombre á cuyas órdenes
 « estuvo Dios más rendido, y fué el hombre que más
 « se rindió á las órdenes de Dios: mira por tu vida,
 « ¡qué grandísima frialdad! ¿Quiéres predicar de al-
 « gun misterio, v. gr. de la Trinidad? Si te empeñas en
 « que las tres divinas Personas en una indivisible
 « esencia, eran el Gedeon de la gracia, es imposible
 « de Edipo, el lazo gordiano burlador del acero de
 « Alejandro, todos estos oradores á la moderna te
 « gritarán, *al loco, al blasfemo, al impio;* y no te ve-

«rás de polvo, siendo así que todos tres son otros
 «tantos pensamientos asombrosos, que andan impresos
 «con todas las aprobaciones necesarias y que merecen realmente eternizarse, no digo yo los moldes,
 «sino en letras de diamantes: pero tú guárdate bien de
 «empeñarte en estas valentías del ingenio, porque estos
 «hombres hociquidos, que tienen ojeriza con todo lo que
 «es delicadeza sobre los silvos susodichos, te delatarían
 «á la Inquisición, ó te harían ridículo en los estrados
 «y tertulias. Conténtate, pues, con decir simple y sencillamente,
 «como pudiera un sayagués: El misterio de la Santísima
 «Trinidad es entre todos los misterios, lo primero el más oscuro
 «á la razón, y lo segundo lo más evidente á la fé. Insulsez
 «que es capaz de hacer insípida y sosa la misma sal.

«Consiguientes en todo su sistema, dicen que después de haber
 «cargado de argamasa, se ha de probar con razones de cal y canto,
 «y es claro que las han de tener en abundancia, y á cual más metidas
 «en harina; porque como todas aquellas proposiciones son
 «unas verdades perentorias, que parece las están dictando
 «la misma razón natural, á pocas azadonadas de la razón
 «descubren una cantera de pruebas, con que fabrican un
 «sermon más sólido que la obra del Escorial. Estas razones
 «las tornean, las vuelven y las revuelven de mil modos diferentes,
 «adornándolas con tropos, con figuras, con todo el aparato
 «retórico, que no parece sino que está un hombre oyendo á
 «Ciceron, á Julio Bruto, á Cayo Graco, ó á Cornelio Cetego;
 «no dejando de la mano aquel eterno hablador, que se ha
 «levantado lo más

«inícuamente del mundo, con el título de *Principe de los oradores*,
 «siendo así que le cuadraría el de *Director, ó Bastonero de todos los locutorios: Manibus Ciceronculus hæret, semper adstrictus nocturno idemque diurno*.
 «Conceptos, agudeza, equívocos, reparos sutiles, réplicas dialécticas,
 «todo eso lo destierran de sus sermones, y si tal vez tocan algo
 «de mitología, de fábula ó de erudición profana, están de
 «corrida, y con tanta vergüenza, que visiblemente se llena
 «de vermellon dónzel su pulibundo semblante.

«A la Historia Sagrada, á la Eclesiástica y á los Santos Padres,
 «ya dan algunos lugar; pero ¿cómo? No como nosotros, que si
 «citamos algun texto ó algun paso historial, doctrina ó sentencia
 «de Santo Padre, aunque sea muy larga, lo presentamos todo en
 «su ser corpulencial y tamaño natural, para que venga á noticia
 «de todo el auditorio, con sus pelos, señas y circunstancias.
 «Ellos no van por este camino: toda esa erudición la entretajan,
 «la embuten ó la incrustan en sus propios discursos de modo,
 «que todo parece una misma pieza, sin que se descubra rama,
 «encaje, barniz ni elcultadura: *Sermones parcidos á las fábricas modernas de Roma*,
 «que llaman *empelichadas*, las cuales parecen todas de pórfido,
 «mármol, jaspe ó alabastro, cuando en realidad de todas estas
 «piezas no tienen más que una hojita superficial para engaño
 «de los ojos, que se deja levantar al impulso de una uña: *Vana superficies, quam solus judicat unguis aut oculus*.
 «Y hay tanta diferencia en el modo de citar de los predicadores
 «veteranos, al modo de los modernos, cuan-

« to va de las fábricas modernas á las antiguas. En
 « estas para formar una urna de jaspe, era menester
 « consumir un monte, *scilicet un grandem mons inte-*
 « *ger erit in urnam*; y en aquellas se fabrica un pala-
 « cio con el jaspe, que ántes se gastaba en una urna.
 « Allá se va el modo con que están los textos de la
 « Escritura que no son historiales, sino doctrinales,
 « sentenciosos ó proféticos; los más los dan desluci-
 « dos con sus mismos raciocinios, pareciendo el tex-
 « to, la glosa y la aplicacion vino todo de una cuba,
 « al modo que San Bernardo los cita, sin citarlos,
 « componiendo una cláusula perfecta la mitad de sus
 « palabras, la otra mitad de la Sagrada Escritura:
 « tal cual textillo presentan al auditorio á cara descu-
 « bierta, pero con grande parsimonia, como se usan
 « las especias en el guisado; porque dicen que en
 « cargándolos de ellas, los hacen desabridos en vez
 « de sazoados. Aún los poquitos que sacan al teatro,
 « son por lo comun literales; porque del sentido ale-
 « górico gastan y gustan muy poco, del *tropológico* ó
 « *acomodaticio*, casi nada, y no les falta un tris para
 « condenarle; no lo hacen con las palabras, pero lo
 « hacen con las obras, dejándole arrinconado, y no
 « dándole un pito de que se cubra de telarañas.

« De intérpretes, expositores y versiones, cuya
 « hermosa variedad adorna tanto nuestros sermones,
 « y nos sirve para probar todo cuanto se nos antoja,
 « hacen ellos poquisimo caudal, ó por mejor decir
 « ninguno. Veráse, no digo yo un sermón, sino un
 « tomo entero de sermones á la moderna, sin que en
 « todo él se haga memoria ni del sabio Cornelio, ni
 « de la púrpura de Hugo, ni del profundo Vaeza, ni

« de Zelada, á quien nada se le esconde, ni del agu-
 « do Duleta, y lo que es más ni del doctísimo Silvei-
 « ra: siendo así, que con este último inagotable ex-
 « positor, puede un predicador, que sepa manejarle,
 « andarse por ese mundo de Dios, y probar hasta la
 « existencia de los mismos imposibles en caso urgente
 « y necesario, siendo cosa averiguada, que no hay
 « almacen más socorrido para un aprieto y para cual-
 « quier asunto.

« Es lástima oír como tratan estos predicadores de
 « moda á muchos expositores: no se atreven á tocar
 « en los Santos Padres, de los cuales hablan en rea-
 « lidad con respeto; porque no quiero infernar mi
 « alma ni levantarles falsos testimonios. Tambien ha-
 « cen la cortesía á unos pocos expositores, de los
 « que no están tan arriba, confesando que fueron
 « hombres verdaderamente sabios, de erudicion, de
 « juicio y de una profunda penetracion de la Sagrada
 « Escritura, á la que convienen que ilustraron con
 « sus doctos comentarios; pero de otros expositores,
 « á quienes llaman ellos *de escalera de abajo, de turba*
 « *multa y de municion*, da cólera el oírlos hablar:
 « dicen que los más no hicieron otra cosa, que poner
 « en mal latin los sermones que habian predicado en
 « mal romance, que con el glorioso título de comen-
 « tarios sobre esta ó aquella parte de la Escritura,
 « embarraron cantidad inmensa de papel, llenándole
 « de conceptillos aéreos, de pensamientos timpáni-
 « cos, de discursos pueriles, y de disertaciones fan-
 « tásticas, cargándola de municion y metralla; y final-
 « mente, que los más, como totalmente ignorantes
 « de las lenguas hebrea y griega, en que se escribie-

« ron originalmente los libros sagrados, desbarraron
 « miserablemente en la inteligencia del texto de la
 « Vulgata; dándole una significacion tal vez contraria
 « á su verdadero sentido, muchas violentas, y casi
 « siempre arbitrarias; y imbuidos en estas máximas,
 « quiebra el corazon ver el desprecio con que tratan
 « á los mejores y más socorridos autores, de que se
 « compone regularmente la escogida librería de un
 « predicador de tabla: y así no los verás citados en
 « sus sermones, aunque te descejes, y aunque des
 « una peseta por cada cita.

« De eso de variedad de versiones no se trate; su
 « Vulgata apasto, y tal cual vez por plato extraordi-
 « nario un poco de la version de los Setenta, la Siria-
 « ca, la Caldea, la de Pagnino, la de Vatablo; ni
 « saber como leyó Arias Montano, les dá á ellos el
 « mismo cuidado, que averiguar cual fué el centési-
 « mo de los Tamas Caulican; siendo así que nosotros
 « los predicadores veteranos, en la variedad de las
 « versiones, nos bandeamos maravillosamente, para
 « guisar, probar y ajustar todo cuanto queremos, y
 « sazonar nuestros pensamientos con tanta delicade-
 « za, que el apetito más dormido abre tanto ojo, y el
 « paladar más melindroso se chupa los dedos por
 « ellos; porque en realidad; ¿dónde hay cosa más
 « aguda, ni más divertida, ni más sazónada, que de-
 « cir un predicador donde la Vulgata lee *pedra*, el
 « Sirio lee *anillo*, el Caldeo *circulo*, los Setenta *cúpula*
 « *la?* y donde lee *pone* la Vulgata, Vatablo leyó *espa-*
 « *da*, Pagnino *misericordia*, Arias Montano *sabidu-*
 « *ria*, y el Burgense *calabaza*; y haciendo después
 « de todas estas ideas cuantas combinaciones se le

« antoje, probar cuanto quisiere con ingenio y suti-
 « leza, fuera de que oyendo el auditorio, que el pre-
 « dicador cita á roso y veloso, al Siríaco, al Caldeo,
 « al Griego y al Hebreo, se persuade sin razon de du-
 « dar, que sabe todas estas lenguas como la suya pro-
 « pia: tiénele por mónstruo de sabiduría, y oye
 « cuanto dice con un respeto que pasma. Los orado-
 « res modernos se burlan de todo esto, teniéndole
 « por ostentacion, aparato y charlatanería; pero yo,
 « con licencia de sus mercedes y de sus reverendísi-
 « mas, me burlo de todos ellos.

« Vés aquí, Gerundio amigo, el plan de la nueva
 « secta, de la cual, segun tengo entendido, se ha de-
 « clarado ciego partidario tu tio el señor Magistral,
 « siendo uno de los que más furiosamente predicán
 « á la francesa, que en suma, á esto se viene á redu-
 « cir la nueva moda. No te disimularé que la gente
 « sesuda, la que se llama *critica*, y que se precia de
 « culta, se ha declarado también á banderas desple-
 « gadas por el mismo partido. Vásetras de un orador
 « á la moderna, como los niños se van tras de los
 « danzantes, y tras de la tarasca del dia de Corpus;
 « á estos los celebran, los ensalzan, los colocan muy
 « arriba de las nubes cuando á nosotros nos despre-
 « cian, nos oprimen, haciendo tanta burla y tanta
 « chacota de nuestro modo de predicar, que no pa-
 « rece sino que hemos nacido para ser dominguillos
 « de sus conversaciones y tertulias.

« ¿Pero qué importa, ni qué nos importa este pu-
 « ñado de gente melancólica y descontentadiza, cuan-
 « do tenemos á nuestro favor la mayor, la más sana
 « y la más discreta parte de nuestra península, desde

« el oriente al poniente, y desde el septentrion al
 « mediodia? Nuestras son cuantas cofradías llevan
 « varas ó enarbolan estandartes en el continente es-
 « pañol. Desde los Pirineos hasta el embocadero del
 « Tajo, y desde el Finisterre hasta las Algeciras,
 « nuestros son todos los mayordomos de estos ilus-
 « tres cuerpos, que se exhalan por buscarnos, y se
 « empobrecen por enriquecernos. Nuestros son los
 « formidables gremios de zapateros, curtidores, sas-
 « tres, barraganeros, mercaderes, escribanos, pro-
 « curadores y tambien el respetable gremio de los
 « abogados. No nos faltan innumerables parciales:
 « nuestra es la muchedumbre de las ciudades, el con-
 « curso de las villas, el total de las aldeas, la mos-
 « quetería de las universidades, la juventud de los
 « claustros y aún en la misma ancianidad podemos
 « contar amigos, auxiliares y defensores.

« Dígalo sino aquel famoso campeon y aquel valiente
 « paladin, que á los 60 años y más de su edad, y á
 « los 20 de predicador veterano, ejercitados muchos
 « de sus sermones en el mayor teatro de España, sa-
 « lió tan denodadamente á nuestra defensa. Habia pre-
 « dicado á la moderna en una de las funciones más
 « famosas de la córte un cierto orador catedrático á
 « la sazón en una célebre universidad; y aunque no
 « de muchos años, estaba generalmente reputado por
 « un grande teólogo, por insigne predicador, por in-
 « genio conocido, y en fin por hombre verdaderamente
 « sabio, más que medianamente instruido en las hu-
 « manas y divinas letras (quédese esta opinion en su
 « lugar, que yo no soy amigo de quitar á nadie la
 « buena ó mala fama que Dios le deparó) en fin, él

« predicó un sermón que logró infinito aplauso de
 « todos los antiveteranos: asunto grave, pruebas ma-
 « cizas, mucho de esa que se llama elocuencia, pocos
 « textos, citas por alambique, reflexiones morales en
 « abundancia, Escritura desleída, Evangelio, y á ello
 « nada de chistes, y lo mismo de circunstancias. Im-
 « primióse la oracion, y aprobóla cierto clérigo de
 « capellanías y de mucha autoridad, que ha dado la
 « gente en la manía de que es el galló de los predica-
 « dores, y que como tal puede y debe contar en toda
 « España, como si dijéramos en su muladar. Mas hay
 « hombres de tan mal gusto, que no dudan decir, que
 « este gallo, respeto de nuestra oratoria evangélica, á
 « la cual suponian sepultada en una oscura noche, es
 « el precursor del dia, el despertador del sol, el que
 « derrite las densas tinieblas que se habian apoderado
 « de nuestro polo pulpital, el que disipa las patrullas
 « de los predicadores arquelinos, saltimbancos, lige-
 « ros y matachiniés, que divertian á la gente en vez
 « de instruirla, y empeoraban las costumbres en vez
 « de emendarlas, aplicándote sin más ni más aquel
 « par de estrofas de cierto himno:

A nocte noctem segregrans,
 Præco diei jam sonat,
 Jubarque solis evocat.
 Hoc excitatus Lucifer,
 Solvit Polum caligine;
 Hoc omnis erronum Cohors
 Viam nocendi deserit.

« ¿Y te parece que se contentan con eso? no para
 « aquí: pasan adelante, y no dudan aplicarle otro buen
 « trozo del mismo himno, queriéndonos persuadir

« que le viene como de molde. Empéñanse en decir,
 « que este gallo hace abrir los ojos á los amoderados,
 « mete tanto aguijon á los soñolientos, confunde y
 « convence á los pertinaces, y en fin que á fuerza de
 « cantar en el púlpito como se debe, hay esperanza
 « que haga cantar á los demás predicadores, como
 « en razon:

Gallus jacentes excitat;
 Et somnolentos increpat;
 Gallus negantes arguit.
 Gallo canente, spes redit.

« De este hombron, coco de los predicadores y co-
 « rifeo de la nueva secta, es la aprobacion susodicha.
 « No la pudo sufrir aquel predicador veterano, cuyos
 « nobilísimos sermones peinaban tantas canas, como
 « su cándida cabeza. Enristró su pluma, y desde la
 « misma dedicatoria dirigida á un gran Señor, comen-
 « zó á correr el gallo; pero ¿cómo? Desplumándole,
 « descrestándole, y al fin haciéndole añicos. Alaba lo
 « que él reprueba, y condena lo que él aplaude, ha-
 « ciendo una descripcion tan elegante de los sermo-
 « nes de moda, que no hay más que pedir: yo la to-
 « mé de memoria, porque me cayó muy en gracia:
 « dice así.

« *Vamos, vamos á oír al padre Fray N^o al Señor*
 « *Don... al doctor tal, que predica de moda. Quiere á*
 « *mi ver decir esta palabra un cuadro sin imágen, una*
 « *imágen sin templo, un templo sin altar, un sacrifi-*
 « *cio sin sacerdote, y el sacerdote sin el proporcionado*
 « *ornamento; es puntual descripcion de un sermón de*
 « *moda.*

« ¿Qué te parece, amigo Fray Gerundio? ¿has oido
 « en tu vida comparacion más bella, simil más ade-
 « duado, ni descripcion más puntual de un sermón de
 « moda? Porque en realidad, si la cosa se considera
 « bien y sin pasion, la multitud de textos, la bulla de
 « citas, el aparato de erudicion, la variedad de ver-
 « siones, el paloteo de retruécanos, la gala de los
 « equívocos, lo sutil de los conceptos, la delicadeza
 « de los reparos, el escape de las soluciones, y de
 « cuando en cuando el chiste de los gracejos, son pun-
 « tualmente la imágen, el templo, el altar, el sacrifi-
 « cio, el sacerdote, el amito, el alba, el cingulo, el
 « manipulo, la estola y la casulla de un sermón, equi-
 « pado como es justo; y al que le falta todo esto, há-
 « gote un sermón en carnes vivas, que es una ver-
 « güenza y una compasion.

« No es mi intento, ni por ahora seria del asunto
 « hacerte una relacion individual de lo que dijo el
 « precedente veterano en el discurso de su sermón,
 « que dedicó al susodicho gran Señor, en inmortal
 « gloria nuestra, y eterna confusion de los modernos:
 « eso seria obra larga, y era menester producir toda
 « la pieza, que es única en su línea, y la conservo en
 « la celda encuadernada en papel dorado, para molde
 « y original de mis sermones (se entiende despues
 « del *Florilogio sacro*), si es que alcanzan mis fuerzas
 « á una débil imitacion. No quiero cansar tu imagina-
 « cion con referirte, que un tal Gutierrez Fernandez
 « (hombre ignorantísimo y desalmado, si los ha habi-
 « do jamás,) disparó un par de cartas insolentes y
 « atrevidas, las cuales, puesto que no salieron á
 « luz, anduvieron de ronda, de mano en mano,

«de casa en casa, de estudio en estudio, así en la
 «córte como fuera de ella, é hicieron una risa de to-
 «dos los diantres. ¿Pero en quiénes? En los anti-ora-
 «dores magistrales con sus secuaces, que son unos
 «pobres pelones; porque aunque es así, que las ta-
 «bles cartas convencen, que en el sermón de nuestro
 «insigne defensor, se hallan tres ó cuatro proposi-
 «cioncillas heréticas, algunas otras malsonantes, tal
 «cual texto de la Escritura supuesto, muchos mal
 «citados, este ó el otro testimonio venial levantado
 «á los Santos Padres, y así de otras quisquillas á este
 «tenor; ¿qué hombre de juicio hace caso de estas ba-
 «gatelas? ¿Quién no sabe que esos son hipérboles
 «galantes, valentías de ingenio, arrojos del discurso
 «y festivas aberturas de una fantasía, que se eleva y
 «arrebata, y no anda arrastrando por el suelo? Si se
 «hubieran de reparar y contar en nuestros sermones
 «y careos los vuelos, ¿dónde iríamos á parar? En fin
 «este insigne orador de la veterana, que contaba 68
 «años de edad, y de estos 24 de púlpito, el cual se-
 «gun esta cuenta, no subió á él hasta los 44 que es
 «ya edad moderada, en la que aún el predicador más
 «manco le puede haber salido el uso de la razón pul-
 «citable. Este orador veterano, vuelvo á decir, acre-
 «dita bien que aún dentro de los claústros tenemos
 «partido, no solo en aquellos que apenas les apunta el
 «bozo de la oratoria, que esos á red barredera los
 «puedes contar por nuestros, sino entre los más
 «añejos, los más veteranos, los más veteranísimos.
 «Y hay la gracia particular de que éstos hablan por
 «experiencia, en cuya escuela, que es la más segu-
 «ra y la más conveniente, han aprendido lo bien que

«les ha salido la cuenta, predicando á la veterana:
 «pues no hay mejores cien doblones, que los que se
 «hallan de repuesto en sus religiosas navetas, ni
 «chocolate más rico, ni botes de tabaco más exquisi-
 «to, ni pañuelos de seda de color más finos, ni ropa
 «blanca más delgada, que la que encontrarás en sus
 «pobres alacenas, cajones ó baules.
 «Pues siendo todo esto así, *¿quis furor, quæ te*
 «*dementia cepit?* ¿qué locura es la tuya? ¿Qué deli-
 «rio se apodera de tu cabeza, cuando así te la tras-
 «tornó ese tu tiernísimo tío, zumbándote patas arri-
 «ba, con cuatro razones que te alegó el tal dómine
 «Espetera? Perdóname, si me descompongo, porque
 «no me puedo contener al hablar de estos caprichu-
 «dos, testarudos, parciales de la sinrazón, aunque
 «por otra parte sean hombres de autoridad y de res-
 «peto: no quiero yo que hagas caudal de mis razo-
 «nes, sin embargo de ser todas tan convincentes,
 «como tan triunfantes, que no admiten réplica ni
 «sufren resistencia: tampoco quiero que te hagan
 «fuerza los ejemplares que te he puesto delante de
 «los ojos, ni los millares de millares de predica-
 «res veteranos como han hecho fortuna por este ca-
 «mino, ni lo que has tocado y estás tocando con
 «tus propias manos en mí mismo, que siempre lo
 «he seguido, y en mi vida pienso seguir otro. ¿Será
 «posible, Gerundio del alma, que no te convenza tu
 «experiencia propia? ¿Tan mal te ha ido desde que
 «comenzaste la carrera, emprendiéndola por esta
 «vía lactea, ó hablando con más propiedad, por
 «este camino de la plata? Sermón y medio has pre-
 «dicado hasta ahora en público, y otro entre las pa-

« redes del convento; ¿y qué hombre hay más famo-
 « so en toda la redonda? ¿De qué otro resuenan
 « mayores ni más crecidos aplausos en todo el dila-
 « tado ámbito del Paramo? ¿Piensas que tu fama se
 « ha ocultado solo en las paredes de Campazas? ¡Oh,
 « cuánto te engaña tu encogimiento y modestia! Lle-
 « gó ya á Villaquejida, extendióse á Villalpando, se
 « dilató á Villamayor, y hasta en las márgenes del
 « Orbigo resuena ya el eco de tu nombre con tanta
 « claridad, como en las concavidades de Villaornate:
 « poco dije, ó me engaña el pensamiento, ó siento
 « acá en lo interior del alma no sé qué proféticos
 « presagios, de qué en otro tiempo no se ha de ha-
 « blar otra cosa en España, que de Fray Gerundio;
 « y aún se adelanta el vaticinio á descubrir no sé que
 « lejanas lumbres, que ha de penetrar tu famoso
 « nombre las provincias extranjeras.

« Mientras tanto es cierto que ya no se sabe ha-
 « blar sino de tus sermones, de tus prendas, de tus
 « talentos, en esos caminos, en esos campos, en
 « esas tierras, en esas viñas, en esos arenales, en
 « esas eras, y aún en todos los mercados del con-
 « torno. Mientras tanto es indubitable que ya no hay
 « cofradía que no te desee, ni hay mayordomío que
 « no te solicite, no hay sermón de ánimas que no te
 « aguarde, no hay retablo nuevo que no clame por
 « tí, y no hay Semana santa que no te tienda los bra-
 « zos. Pues, corazón amilanado; ¿por qué te aco-
 « bardas? Alma de cántaro; ¿por qué te quiebras?
 « Espíritu pusilámine; ¿por qué te desmayas? Des-
 « precia generosamente ese terror pánico, que se ha
 « apoderado de tu pecho, no hagas caso de esas pas-

« marotas con que intentan aturrullarte los ciegos
 « sectarios y apasionados á la novedad, y confirmán-
 « dote en tu heroico empeño de no apartarte un pun-
 « to del camino real y derecho que tan gloriosamente
 « has emprendido, riéte á carcajada tendida de todos
 « aquellos que pretenden apartarte de él, no dando
 « otra respuesta á sus razones que la que yo dí, y
 « también te suministré en ocasion semejante.»

No de otra manera, que cuando en el corazón del
 invierno amanece el oriente cubierto de una densa
 nube, la cual poco á poco se va al principio enre-
 ciendo, luego que el sol presenta la batalla, comen-
 zando la función con la escaramusa de sus rayos; pero
 no se declara tan brevemente la derrota de los escua-
 drones tenebrosos, que no disputen desamparar por
 largo tiempo el terreno, pues titubea al parecer y co-
 mo neutrar la victoria; ya el sol abre los nebulosos
 escuadrones, ya estos se vuelven á cerrar más den-
 samente, muchas veces aquel los rompe, otras tan-
 tas estos le arretaban; ya el ejército del sol pasa por
 el vientre del campo de la niebla, y aunque con luz
 cansada, no tanto deja cuanto argentea la cima de
 un vecino monte; ya se vuelve á cerrar el ejército
 enemigo, y repeliendo al contrario parece que le re-
 tira hasta su mismo atrincheramiento, durando el flu-
 jo y el reflujo de la dudosa contienda, hasta que al
 acercarse el mediodía, encendidas en fogosa cólera
 las tropas de la luz, acometen tan furiosamente al
 campo de la niebla, que por todas partes la rompen,
 la penetran, la pisan, la atropellan, la disipan, y
 dueño enteramente el sol del campo de batalla, se
 deja ver en todo el hemisferio el más claro, el más se-

reno, y el más despejado día. Así ni más ni ménos disipó el razonamiento de Fray Blas las nieblas que habían oscurecido el entendimiento de Fray Gerundio y quedó tan despejado y claro, como el día más apacible del mes de Enero y Febrero. Dió mil abrazos á su amigo, por lo que le habia consolado, iluminado y alentado, y renovó en sus manos el pleno homenaje, que habia hecho en otra ocasion, de que no predicaria de otra manera en todos los dias de su vida, aunque el mismo gallo de la pasion le predicara lo contrario. Con esto dieron la vuelta al lugar, donde sucedió lo que dirá el capítulo primero del libro siguiente: pero ántes de escribirle, suplico al lector que tenga un poco de paciencia, que voy á tomar un polvo.

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

ENCÁRGANLE UN SERMON DE HONRAS, Y NO LE ESCUPE,
CON TODO LO DEMÁS QUE IREMOS DIGIENDO.

PERO mira, le dijo Fray Blas en el camino, si tu tío te volviere á tocar la especie, tú has de hacer la gatatumba y la gancha-panza; quiero decir, que te has de mostrar convencido de sus razones, rendido á sus consejos, dócil á sus instrucciones, oyéndole en lo exterior con mucha docilidad, respeto y reverencia; pero allá dentro de tu corazon has de estar bien resuelto á reirte, y hacer burla de cuanto dijere. La razon de este admirable y no ménos importantísimo consejo salta á los ojos; porque estas gentes de la Iglesia constituidas en alguna dignidad, y más cuando están asomadas á una mitra, suelen ser delicadas, gustan de que todo se les oiga como á oráculos, y llevan muy mal que se les replique. Cuando á esto se añade la razon de parentesco, y más siendo tan inmediato y tan superior como el de tío, los dá